

Conti: las Vidas que no Pudo Vivir Luz y Sombra de un Alamo Carolina

El fenómeno más importante en los últimos años en los escritores argentinos, mejor dicho, en muchos de ellos, ha sido una gradual politización, su mayor articulación a las luchas populares.

RODOLFO WALSH

Por VICTOR RODRIGUEZ

LA HABANA, Cuba. — Cierta tarde de junio de 1978 la revista Casa de las Américas me trajo —entre otras cosas— lo que sería el primer aviso de que sobre la Tierra, allá en la Argentina que solíamos resumir en un tango, relativamente cerca de la capital —¿en Chacabuco?— crecía un maravilloso y mágico y real álamo carolina. Se trata de un relato del libro que ahora tengo ante mí, y que fue entregado a la redacción por la compañera de Haroldo Conti, uno de los más valiosos narradores latinoamericanos de estos últimos años.

Conviene quizás hacer dos aclaraciones. La primera: que el relato en cuestión se titula "A la diestra" y aparece en el número 107 (marzo-abril, 1978) de la revista Casa; la segunda: que Haroldo Conti, autor de *La balada del álamo carolina*, nació en 1925 en Chacabuco, provincia de Buenos Aires, y desde 1976 se encuentra, como un número más, en la crecida e indignante lista de los desaparecidos... lo que mantiene en pie —esta vez como un trágico y doloroso álamo carolina— la evidencia de su muerte.

Queda trunca, por lo tanto, una nueva voz del coro cada vez más aguerrido y numeroso de la intelectualidad revolucionaria de nuestra América. La fecunda obra de Conti, malograda precisamente cuando alcanzaba su plena madurez, mereció importante distinciones literarias —los premios de la Universidad Veracruzana (1966), Biblioteca Breve (1971), Municipal (1974) y Casa de las Américas (1975)— y consta de los títulos siguientes: *La Causa* (1960), *Sudeste* (1962, novela); *Todos los veranos* (1964, cuento); *Alrededor de la janla* (1967, novela); *Con otra gente* (1967, cuento); *En vida* (1971, novela); *Mascaró: el cazador americano* (1975, novela) y los cuentos que cotivan este comentario.

PROFUNDO ESTUDIO

Precisamente en el citado número de Casa aparece un profundo estudio del joven ensayista cubano Gilberto Valdés Gutiérrez sobre la obra cotidiana, el que por supuesto no incluye *La balada*... aún no divulgada en este país. Valdés divide su objeto de estudio en dos partes bien diferenciadas: el ciclo que culmina con *En vida* y el que se inicia con *Mascaró*... Después de afirmar que en el primero predomina una visión pequeñoburguesa —pese al "enorme amor a la vida" de Conti y a su denodado esfuerzo por elevar su obra a la altura de una militancia política concreta—, Valdés concluye: *Mascaró: el cazador americano es*

esa obra militantemente imaginativa, soñadoramente realista, que coloca a la literatura argentina y latinoamericana en un nuevo y depurado sendero... La narrativa argentina comienza a salir de su prehistoria. Para decirlo un tanto esquemáticamente, detras de Mascaró quedan —previa asimilación y negación dialéctica de aspectos positivos y negativos— la literatura social y la vanguardia, Bocca y Florida, el tango y la metafísica. Al frente: el arte de la revolución.

PRINCIPIO Y FIN

Con esa novela —principio y fin de un camino preñado de posibilidades— Conti realizó su gran anhelo de escritor revolucionario: poner su obra a la altura de su tiempo, su sociedad y su conciencia. ¿Cómo entonces, ubicar *La balada del álamo carolina*, publicada justamente en el llamado Año de la Orientalidad (1975), fecha en que culmina todo un largo complejo proceso? ¿Cabría insertarla acaso en el primer ciclo, absolutizando así sus limitaciones, o en el segundo, absolutizando sus virtudes? Creo que la solución no está en los extremos.

"Uno piensa que los días de un árbol son todos iguales. Sobre todo si es un árbol viejo. No. Un día de un viejo árbol es un día del mundo". Así comienza la pieza que da título al volumen. Y así termina: "Al rato el hombre se durmió y soñó que era un árbol". ¿Quién será ese hombre que llega, al final de la narración, a cobijarse a la sombra del tierno coginito verde? Seguramente, alguna de las inolvidables criaturas que pueblan los relatos, y en todo caso, un hombre capaz de fusionarse con la naturaleza, con el sorprendente árbol cotidiano, en la misma medida en que éste es capaz de sentir y padecer como un ser humano. He aquí una de las características fundamentales del libro y, en general, de toda la obra de Conti.

Conviene, por lo pronto, echar una mirada a ciertos personajes de *La balada*... Aquí tenemos al tío Joaquín, carpintero de profesión, loco —¿loco?— que corre, por el mero e irresistible placer de correr, en la gran carrera de las doce al pueblo de Bragado (una carrera que el tío nunca gana, a pesar de sus innegables aptitudes, porque siempre equivoca el camino para ir a dar, precisamente, junto al álamo carolina); al señor Pelice —de "Perfumada noche"—, "el cohetero más reputado de la zona", al que cierto día "le hizo un ruido el corazón" y desde entonces hasta más allá de la muerte amó a la señorita Haydée Lombardi, "blanca y frágil y perfumada, figurin... para sueño y música"; y Basilio Argimón —de "Ad astra"—, primer aeronauta porteño y constructor de máquinas para volar, al que un golpe de viento estrelló contra el techo de un hotel en su primer vuelo público.

UNA LIMPIA POESÍA

A estas criaturas, más que sangre, les circula por las venas limpia poesía; pero a la vez, se frustran trágicamente en el instante supremo de sus vidas —amarga coincidencia con el destino del autor—: el tío Joaquín nunca gana "Las doce a Bragado"; el señor Pelice no logra casarse y consumir así su amor por la Lombardi, quien muere prematuramente; y el gran Basilio Argimón, "el hombre-pájaro", el más puro y entrañable de los personajes (el creador, transformador del mundo), después de haber obtenido éxitos experimentales, no logra coronar su histórico vuelo ante la sociedad. Para el propio narrador, hasta *En vida*, la existencia había sido así. En cierta oportunidad —hacia 1970, un año antes de viajar a Cuba— había confesado a un periodista que, en literatura, su posición era "ver las cosas desde un costado del camino", "las pérdidas, los abandonos, las cosas que se van y no se recuperan". En esta obra se concreta dramáticamente esa visión. Aquí está el aspecto sombrío de *La balada*... lo que ésta tiene en común con las demás obras del "primer ciclo" contiano. ¿Y lo positivo, la luz? A mi juicio, se halla en su ferviente calidez humana, la pulcritud moral con que el autor asume la tarea de recrear el terruño en la memoria, las diferentes perspectivas con que lo hace.

Llama poderosamente la atención, en este sentido, su relato "Mi madre andaba en la luz", en el que un típico inmigrante urbano regresa al pueblo natal fingiendo ante familiares y amigos (situación típica) un nivel de vida que ni remotamente posee, pues vive en la villa "Cartón" de la capital. Aquí la denuncia alcanza categoría universal, al asumir la óptica de la clase social más revolucionaria de nuestra época. Algo parecido ocurre, aunque en menor escala, en "Devociones" y "Bibliográfica". En esta última pieza, de una ironía a prueba de balas, Conti muestra las entrañas corruptas del mundillo editorial burgués, que hace del libro —es decir, de la literatura— una mercancía más. El personaje esboza toda una estética en relación con el realismo y el realismo mágico ("Otro que no fuera yo le dedicaría a esa escalera lo menos una página..."), que confirma lo que ya observaba Valdés Gutiérrez al decir que en Conti lo mágico y lo maravilloso no brotan ni por una utilización abrumadora de los resortes imprevistos de nuestra idiosincrasia, rica en imaginería, ni por la recreación mítica de nuestras grandes hazañas históricas. Lo maravilloso... tiene la mesura y la exactitud de lo real. No hay exageración fantástica que pueda devenir ideológica.

SIGUE EN LA PAGINA ONCE

Luz y Sombra de un Álamo

Sigue de la primera página

mente una visión abstracta de nuestros problemas.

REALISMO VERAZ

Lo que hay, en cambio, es un realismo auténtico, profundo, vivo, que sin perder un ápice de personalidad se inscribe en esta poderosa corriente de nuestras letras. Los personajes, reunidos por fuertes vínculos de solidaridad, interactúan en un microcosmos cuyo eje es el álamo carolina. Son criaturas mitad reales y mitad imaginarias, y está el caso de la sección "Home-

najes", por ejemplo donde, Paco Urondo se mueve entre personajes de ficción.

Cuentos de pura nostalgia, en los que el propio Conti se cuenta "todas las vidas que no pudo vivir" y que nos estremecen hasta el tuétano, impidiéndonos escapar de esta mesa servida "para mis amigos", "mesa del recuerdo" que uno termina, irremediablemente, añorando. La comunicación se refuerza por la maestría expresiva del autor. Poseedor de un vocabulario asombroso que maneja a su gusto, Conti nos da una obra que ofrece al tacto, por decirlo así, la misma sensación que la piel humana: tibieza y tersura. El manejo de las modernas técnicas narrativas se hace aquí natural, sin alardes desmedidos, en función de objetivos muy concretos. Espacio y tiempo pueden ser quebrados, pero sin negar a quien lee la posibilidad de volver sobre sus pasos o avanzar siguiendo un hilo lógico.

La balada del álamo carolina es uno de los libros más hermosos de la literatura latinoamericana actual. Con él, el álamo carolina deja de ser un simple miembro de la familia de las salicáceas —con su sencilla luz y con su sombra— para convertirse, dentro del contexto del Cono Sur, en un símbolo revolucionario: el de la continuación, pese a todo, de la vida. No es casual que, como exergo de su obra, Conti situara estos versos anónimos japoneses:

Ciruelo de mi puerta,
si no volviese yo,
la primavera siempre
volverá. Tú, florece.